

»Te ayudaré: nuestra sangre
no es de colores distintos;
pues que las dos suspiramos,
juntemos nuestros suspiros.»

Así dice sollozando,
y ya sus dedos solícitos
un trapo están deshilando
para los pobres heridos.

METAMORFOSIS

¡Universal crisol! ¡Naturaleza!
Ser hombre es honor vano y triste gloria.
Prepara metamorfosis felices,
si algo merece quien se hundió en la fosa.

El pie cansado en los caminos rudos,
conviértelo en raíz inmóvil y honda;
las palmas de la mano ensangrentadas,
en florecientes rosas.

Para juntar parejas divididas
por la muerte, transforma
los corazones de mujer en nidos;
al hombre en golondrina que á ellos torna.

Las abatidas frentes que anublaron
dudas tenaces y ásperas congojas,
sean, en las altivas cordilleras,
cúspides luminosas.

Y al salir de las tumbas
que á todos nos igualan en las sombras,
sea el más pobre sol esplendoroso,
sea el más criminal blanca paloma.

LOS PERFUMES DE ANTAÑO

Aroma suave, que en la frente pálida
aspiré de mi madre, al darle un beso,
y quedó para siempre en mi memoria
cual de lejano altar olor de incienso!

¡Oh santa emanación, para mí unida
con otro aroma púdico y modesto,
el de las rubias trenzas de mi hermana,
pura como los ángeles del cielo!

¡Perfume hechizador, volaste adonde
volaron los aromas de otros tiempos,
adonde van las almas desprendidas
de las violetas y los lirios muertos!

¡Fresco y fugaz aroma de la vida,
que allá, en la aurora del amor primero,
á la mejilla que humilló á la rosa
inocente robó mi ansioso beso!

Lejos del labio, ya descolorido,
tus plácidos efluvios se perdieron,
cual se pierde en el aire evaporado
de las lilas en flór el dulce aliento.

Y con el alma en el abismo hundida,
seguir tu blando y vagaroso vuelo
en la ascensión sublime al infinito,
¡aroma de la vida!, en vano intento.

Tú, tú no más, embriagador perfume,
que en lágrimas bañados absorbemos,
cuando buscando bálsamo celeste,
en ti hallamos ponzoñas y venenos;
tú, perfume adorado y homicida,
de unos cabellos demasiado negros,
tú, sólo tú, tras breve dulcedumbre,
fiebre nos dejas de inextinto fuego.

Del corazón en los repliegues hondos
depositas tu amargo sedimento,
cual acre olor de repugnante droga
que el cristal impregnó de un frasco viejo.

Y así como inundado en claras linfas
el frasco sucio que limpiar queremos,
la enojosa acritud conserva siempre
de aquella esencia que llevó en el seno,
Si amante fiel y cándida, en el alma
vierte el aroma de su puro afecto,

no logra nunca, embriagador perfume,
borrar en ella tu fatal recuerdo.

¡Aroma suave, que en la frente pálida
aspiré de mi madre, al darle un beso!
¡Oh tú, que lavas lo que nada lava!,
¿qué te hiciste, lejano olor de incienso?

LO QUE DURA

Todo, á nuestro alrededor, pálido y triste
es hoy, amada mía;
del pasado feliz poco subsiste,
y lo que no murió, cambia y varía.

Por la envidia abatidos,
vemos brillar los juveniles ojos;
de los seres que fueron más queridos
ya sólo quedan míseros despojos.

La juventud, que efimera florece,
arrastra el tiempo en su volar ligero;
pero algo permanece:
¡aún con mi antiguo corazón te quiero!

¡Con aquel corazón, que otro cariño
no halla ya que le cuadre!
Con aquel puro corazón de niño,
que recibí de mi adorada madre!

¡Con aquel corazón, que sutre en calma
todo mal por quererte!..
¡Yo te amo con aquello que en el alma
más resiste á la muerte!

Y si algo escapa de la tumba fría
en nuestro sér interno,
te adoro, vida mía,
con lo que hay en mi espíritu de eterno!

PRIMAVERA OLVIDADA

Acaba de nacer la Primavera,
y ya corre á su fin vertiendo flores;
cuán bonancible fué, cuán placentera,
no lo sabrá la gente venidera;
no tendrá historiadores.

¿De las rosas hablar? ¡Qué tontería!..
¡A no querer que el auditorio ría!..
De cuanto causa al hombre dulce agrado,
es el culto tan viejo y anticuado,
que ya no rige hoy día.

Cantaron los primeros amadores
las galas todas del Abril fecundo,
apurando gozosos sus loores:
¿qué han de cantar sus tristes sucesores,
si el amor es tan viejo como el mundo?

Para ensalzar el delicioso idilio
primaveral, ya no nos presta auxilio
el profanado verso;
y el citiso oloroso de Virgilio
aún llena con su aroma el universo!

Contra aquellos amantes
de tiempos tan felices y distantes,
se subleva nuestra alma dolorida,
porque este corazón que hoy nos da vida,
ellos—¡dichosos!—lo tuvieron antes.

RECUERDOS DE ITALIA

LA VIA APPIA

En Roma, cuando un pueblo estoico y fuerte,
sin que nada esperara ni temiera,
afrentaba la muerte,
fué piadosa costumbre
dar los restos humanos á la hoguera,
librándolos de inmunda podredumbre.
Aún con fúnebre manto
el mundo no enlutaba pavorosa
la noche de las negras catacumbas;
ni el mortal contemplaba con espanto
la eternidad dudosa
en el incierto fondo de las tumbas.
No eran entonces éstas,
por los misterios de otra vida oscuros,
lúgubres ni funestas.

Al salir el romano de los muros
por la puerta Catena, las veía
á un lado y otro de la extensa vía,
y sin temor ni enojos,
á sus mudos recuerdos respondía
fijando en ellas los serenos ojos.
En la inmensa llanura,
de sosegado ambiente y de luz pura,
doraba el sol las losas de basalto;
parecían risueños y gozosos,
aquellos monumentos tan hermosos,
de la cansada vida feliz alto.
No prometían al humano anhelo
la eternidad del cielo;
daban tan sólo, templos de la historia,
firme sostén á la pasada gloria.
El que á Cecilia consagró Metelo,
luego, en civil contienda, fué castillo
de medioeval caudillo.
En su mármorea frente se estrellaron
los siglos; la tenaz y hostil porfía
de un pueblo y un Dios nuevo rechazaron.

La extensión de sus restos nos asombra;
un ejército en marcha, todavía
puede cubrir su dilatada sombra.

A veces veis, al borde del camino,
un busto alabastrino,
cuyos áridos ojos, siempre abiertos,
las arenas ó el musgo entenebrecen;
los verdaderos ojos de los muertos,
apagados y yertos,
menos tristes y fúnebres parecen.
Recorre la planicie ilimitada
virgiliano pastor con su manada;
encima de una tumba, de repente,
sobre el vasto horizonte transparente,
perrazo negro asoma,
y os recuerda su fiero continente
la loba madre de la augusta Roma.

LAS TRANSTEVERINAS

Los domingos, en el Borgo,
todas, las mozas risueñas
y las matronas, cansadas
de ir en harapos envueltas
seis días, lucen gozosas
sus limpios trajes de fiesta.
No son ya de sus mayores
la lujosa vestimenta;
los pueblos, cuando envejecen,
en sus ropas lo revelan;
pero aún los vivos matices
las regocijan y alegran,
y el moreno busto cubren
con vistosa pañoleta,
tan vistosa cual si fuese
girón de rota bandera.
Los gruesos brazos, desnudos
salen de las mangas terciadas;
la falda ajustada y rígida
ciñe las amplias caderas;
blancos pliegues bien dispuestos
el firme seno diseñan,

y el escotado corpiño
el talle recio sujeta.
El cuello erguido sostiene
alta la airosa cabeza,
á la que soberbio adorno
da una reluciente flecha,
clavada de parte á parte
en las enroscadas trenzas,
cuyo lustroso cabello
es tan negro que azulea.
Arracadas de oropeles
gala son de sus orejas.
La bóveda de sus ojos
llena la sombra, y semeja
valle obscuro, en cuyo fondo
brilla un lago de aguas negras.
¡Arrogantes hermosuras!
Da gozo y asombro verlas,
cuando al sol, en las colinas
de luminosas laderas,
formando encontrados grupos
marchan solemnes y lentas.

MARMOLES

No es la alfombra de céspedes y flores
lo que á las *villas* da mayor halago,
ni las sombras mezcladas con fulgores,
ni el blando sueño del dormido lago;

No es el plácido ambiente, ni el obscuro
bosquecillo, que envuelve el verde velo;
son los bruñidos mármoles, que puro
lucen su albor sobre el azul del cielo.

El limpio sol de Grecia y de Toscana
hará resplandecer eternamente
al Paros, suave cual la tez humana,
al Pantélico, dulce y transparente.

Al Carrara, que ufano rivaliza
con la nieve, y aun logra mayor brillo;
á todos los que esculpe y diviniza
la santa audacia del triunfal martillo.

Labren los afanosos lapidarios
piedras de superior magnificencia,
los ricos jaspes, de colores varios,
el mármol verdinegro de Florencia;

Los de Génova, negros y tan duros
que el duro golpe del cincel resisten;
los pórpidos de Egipto, que los muros
de resplandor sanguinolento visten.

En el fondo sombrío de un palacio
completan bien sus opulencias locas...
Yo quiero ver en el abierto espacio
el mármol blanco, lirio de las rocas.

Él, no más, virginal, resplandeciente,
labrado por el arte peregrino,
en la yerta materia indiferente
glorioso encarna el ideal divino.

FRA BEATO ANGÉLICO

Cuando el sol aún no ha salido,
y su claridad dudosa
es sólo un pálido y tímido
presentimiento de aurora;
cuando las luces del día
más bien blanquean que doran
los adormecidos campos,
que vida y alma recobran;
cuando del viejo convento
en las ventanas angostas,
detrás de los fuertes hierros
brillan las vidrieras toscas,
y en las arcadas del claustro
pasa rápida la sombra
de los pájaros, aún mudos,
que el primer vuelo remontan;
cuando los verdes rosales
y el laurel, que el pozo adornan,
tendiendo al cielo las ramas,
perlas de la noche lloran,
y en silencio religioso
el jardín medita y ora;

abre á la luz Beato Angélico
las pupilas soñadoras;
bendice al naciente día,
merced que Dios nos otorga,
y el Paraiso contempla
que con la alborada torna.

Un rayo de luz violeta,
azul, amarilla y roja,
por el alto ventanillo
penetra en la celda lóbrega,
y la palidez austera
de la pared tornasola,
como brillante libélula
que en blanco lirio se posa.

Aquel vivo destello
por pincel el monje toma,
y pinta con suaves toques
ángeles de tenues formas,
que abriendo las alas, trazan
un arco de triunfo y gloria,
y la frente de la Virgen
con aquel nimbo coronan.

EL MUNDO DE LAS ALMAS

La ley de gravedad descubrió un día
Newton, al ver caer una manzana.

¡Oh cuán bueno sería
que hubiese un Newton para el alma humana!

Un centro existe en los profundos cielos,
y de él los mundos gravitando penden;
tienen también las almas en sus vuelos
un centro, un dios, hacia el que todas tienden.

Enlázanse los astros brilladores,
su órbita recorriendo en giro blando;
así también, armónicos amores
la órbita de las almas van trazando.

Les fué vedado el beso á las estrellas,
en su carrera rápida lanzadas,
y unen los labios, más felices que ellas,
fundándose, las almas desposadas.

Ese mundo moral nadie conquista
para hallar de su ley los signos ciertos.
Ven, Newton de las almas, y á mi vista
muestra todos los cielos bien abiertos.

POETA ME CREI

Poeta me creí: ¡dulce mentira
quizás de la ilusión! Ley á la lira
otros dictaron, y á ella me someto.
Pero es mi corazón cerrado abismo;
si tierno, amante, fiel, arde en secreto,
¿quién lo sabrá como lo sé yo mismo?

Ninguna cuerda que pulsó mi mano
respondió en son acorde al ritmo arcano
que en mi pecho latía;
mi alma, ansiosa de gloria,

con la palabra siempre en rebeldía
lucha, y jamás alcanza la victoria.
Pero ¿qué? Si la arcilla muerta y fría
al genial escultor, que nunca duda,
niega tosca el contorno imaginado,
el artista, vencido en la lid ruda,
¿es menos inspirado?

Si al querer yo esculpir obra maestra,
aparece á la luz pobre y borrosa,
porque el escoplo vaciló en mi diestra,
Dios, para quien todo está presente,
brillante la verá y esplendorosa,
como surgió en mi mente.

Cuando el afán del alma he convertido
en sonos perceptibles al oído,
¿comprende acaso el mundo
mi goce intenso ó mi dolor profundo?
Entre todos sus nombres,
amor, esa palabra hija del cielo,
es la única en la lengua de los hombres
que expresa fiel nuestro común anhelo.

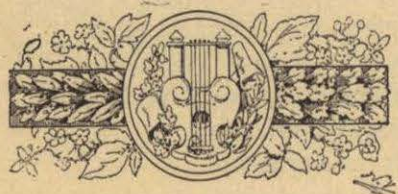
¡Dichoso quien la imagen que ha soñado
ve aparecer viviente
en el raudal de un verbo immaculado,
como en límpido arroyo transparente,
y nos muestra, en su júbilo ó su cuita,
cómo su ansioso corazón palpita,
haciendo palpar el vago ambiente!
Fáltame, al expresar mi pensamiento,
adecuado instrumento,
y es, en esta porfía,
tan grande mi ambiciosa fantasía
como pobre mi acento.

Soy rico y nadie aprecia mi tesoro;
él va siempre conmigo;
mas queda oculto el resplandor del oro
en los tristes harapos del mendigo.
El bronce, sin la efigie en él grabada,
es riqueza ilusoria;
tengo una gruesa barra no acuñada;
tengo el metal para comprar la gloria,
y no me sirvió nunca para nada.

¡La gloria! ¡Qué ilusión tan seductora!
¡Sobrenadar en la oleada inmensa

que rueda irresistible, arrolladora,
y hundiendo el nombre obscuro,
va del Pasado, envuelto en bruma densa,
al brillante horizonte del Futuro!
¡Ver cómo flota y flotará valiente
la obra mía en el piélago inclemente,
del uno al otro extremo de la tierra,
mientras aliente yo, cuando haya muerto,
como el audaz bajel, al que no aterra
la tempestad, y con el mar en guerra,
vuelve gallardo y triunfador al puerto!

Ese sueño tan dulce y tan hermoso
perturbará el reposo
de mi edad juvenil, y si no acierto
á eternizar mi halagadora idea,
que, á lo menos, mi pobre poesia
en otro corazón renacer vea,
y al calor de su dulce simpatía,
palpite en él feliz, y amada sea!



ERNESTO DE HERVILLY

EN EL JARDÍN

Las cinco. Me levanto;
salgo al jardín: ¡qué plácida frescura!
¡qué grata soledad!, ¡qué dulce encanto!,
¡qué paz tan deliciosa y tan segura!
Surgió ya la mañana;
pero ningún vecino todavía
se asoma inoportuno á la ventana.
El sol su primer rayo nos envía
y caprichoso encaje
de luz borda en el húmedo follaje.

Todo es hermoso y puro. Clavo ansiosa
la vista en una rosa,
que sin temor ni agravios,
coquetuela á la vez y candorosa,
ofrécame, á través de la enramada,
recién abiertos sus carmineos labios.
Me acerco, y la corola delicada
para mí exhala su exquisita esencia.
Avergonzado pienso, y confundido
que por el mero azar de mi presencia
el virginal tributo he recibido;
que con premio sobrado
pagada está mi matinal visita,
y, todo colorado,
le digo: «Usted perdone, señorita.»